

# El historiador de Jesús

POR SIGMUND MUNZ

Viena, 1922.

DENTRO de algunos meses celebrará Francia y con ella todo el mundo civilizado, el centenario del nacimiento de Ernesto Renán. La literatura se anticipa a esta conmemoración y en Nueva York se ha publicado un escrito sobre Renán, de Lewis Freeman Mott, editado por Appleton. Hasta ahora no he conseguido examinar esa obra; pero he leído con mucho interés un libro alemán de Walter Kúchler, que ha editado en «Gotha», Andreas Perthes. Su autor, que es actualmente profesor de lenguas romanas en la Universidad de Wurzburg, en Baviera, se trasladará pronto a la Universidad de Viena como profesor. La obra, que pasa de doscientas páginas y se titula «Ernesto Renán, el escritor y el artista», contiene un excelente análisis de la personalidad poética y artística de Renán, y el autor describe, con estilo nutrido en el noble del escritor francés, el desarrollo de la obra filosófica del mismo en once capítulos, titulados: «Desviación de la fe», «La fe nueva», «Patricio», «La vida de Jesús», «María Magdalena, Pablo, Nerón y Marco Aurelio», «Los diálogos filosóficos», «Los dramas filosóficos», «Renán entre Francia y Alemania», «El escritor», «El artista» y «El dilettantismo de Renán».

Kúchler caracteriza a Renán no para tomarlo sin todos sus caracteres esenciales, como hicieron anteriores expositores, entre los cuales figuran Bourget, Rod y Brunetière. El gran francés ha sido juzgado muy distintamente, sobre todo, según la actitud de los autores respecto a la religión; no todos los que escribieron sobre él fueron bastante despreocupados para entregarse al placer de su estilo magistral y su ingeniosa exposición, sin considerar sus convicciones religiosas; no todos reconocieron tampoco que en el gran escéptico, se ocultaba un alma entregada a lo infinito, semicreyente o a lo menos religiosa. El alemán Saitschick lo representó como escéptico, poniéndolo al lado de Voltaire y Mérimée; el francés Parigot lo describió como egoísta intelectual; Bourdeau como maestro del pensamiento moderno; Bourget lo señaló como «dilettante», que debilitaba tanto cada afirmación con hábiles matices, que llegaba a ser otra afirmación. Edmond de Goncourt cuenta en su célebre «Diario», que después de un discurso académico de Renán, se le negó en casa de Alfonso Daudet la capacidad de hacer afirmaciones. Si existe hoy en Francia una personalidad que en cierto modo recuerde a Renán, es Anatole France. Kúchler describe a Renán como «la más deslumbradora aparición entre los escritores franceses de la segunda mitad del siglo diez y nueve, como un modelo literario animado de sentimientos poéticos y anhelos siempre más

fuertes y conscientes de dar forma artística a las impresiones, conocimientos, ideas, esperanzas y deseos de que estaba lleno».

En una época, en la que Francia y Alemania, después de la sangrienta guerra de cuatro años, se miran todavía con recelo, incapaces de olvidar y de ajustar una paz verdadera, es grato que un autor alemán haya escrito una obra que revela entusiasmo por el gran francés, otro hecho feliz como el de haber ido a París Einstein para dar conferencias entre los aplausos de sus admiradores franceses. La historia contemporánea no debe dejar pasar inadvertidos estos sucesos, que parecen ser germen de nueva amistad entre las dos grandes naciones.

Precisamente Renán es un notable ejemplo de que la investigación, la ciencia, la literatura no deben conocer límites en el sentido del estrecho nacionalismo, pues este francés era entusiasta admirador de Alemania, de su pueblo, su ciencia y literatura. Concíbese también que durante los últimos años de la guerra se acallase en lo posible este odio de pequeñez nacionalista, y no menos concebible es que Walter Kúchler, el sabio alemán y cultivador de la literatura francesa, insista con cierta predilección en la personalidad de Renán, por cuanto éste está lleno de sentimientos amistosos para Alemania. Renán había roto con la ortodoxia, pero no con el cristianismo; creía ver el verdadero cristianismo en Alemania, donde vivían, según su concepto, las almas en una piedad que reunía la ciencia, la moral y la poesía en verdadera libertad de espíritu. En esto era como su hermana Enriqueta, a la que había dirigido la poética dedicatoria que precede a su «Vida de Jesús». Habiendo la hermana ido a Polonia como educadora, estaba más cerca de Alemania que el hermano y en sus cartas a él celebraba a Alemania como «la tierra de los sueños apacibles, de la especulación metafísica y del estudio de los hombres». Este embeleso por Alemania relaciona a los dos hermanos con una gran francesa, que algunos decenios antes, en su obra sobre ese país, lo había elogiado como «la tierra del individualismo, del entusiasmo, de la profundidad de espíritu, de la universalidad, de la dedicación a lo absoluto, de la investigación de la verdad por la verdad misma». Renán era un joven de veintitrés años cuando escribió a su amigo Cognat las palabras: «J'ai étudié l'Allemagne et j'ai cru entrer dans un temple. Tout ce que j'y ai trouvé est pure, élevé, moral, beau et touchant». Cierta vez llegó a decir esto: «Ah!, si j'étais né protestant en Allemagne. La était ma place». Escribe también en su diario: «Oh, Allemagne, qui t'implanter en France!»

Le llamaba la atención, sobre todo, en Alemania la unión de la profunda religiosidad

con el espíritu crítico; a su hermana Enriqueta le pidió que peregrinase a la tumba del filósofo Kant, pues nadie influyó tanto para que renunciase a su proyectada consagración a la iglesia como el alemán Manuel Kant por su definición de la moral y del deber. Kant le dió la convicción de que el fin del hombre no es la felicidad personal sino el perfeccionamiento de la personalidad moral y libre. Su hermana lo afirmó en esta apoteosis del deber hecha por Kant. En esta disposición de ánimo pasó Renán muchos años y ni siquiera durante la guerra franco-prusiana pudo desechar el recuerdo de lo que había dado Alemania a su espíritu y conciencia. Realmente, sucumbió en cierto modo también al influjo del nacionalismo resultante de la guerra de 1870, aunque nunca tomó en él la forma de la patriotería. En años tempranos había escrito: «Je vendrais la France pour trouver une vérité qui fit marcher la philosophie», y también en la madurez consideraba lo que se llama patriotismo como un arabesco necesario para el orador, pero no para el hombre de ciencia. Tuvo el valor de «condolerse de los locos y engañados que miran la patria como la única fuente de salvación, y de los soldados que van a morir en la batalla por las frases patrióticas de sus generales». Los actuales bolshévikis, que condenan también la patria y el patriotismo, pudieran apoyarse en Renán, a no haber sido éste un aristócrata del espíritu que rechazaba la democracia y que seguramente hubiera odiado con toda su alma la dominación del Soviet.

Así como admiraba y amaba a Goethe, en quien veía al descifrador y lector de sus propios sentimientos e ideas, participaba también de la cualidad que tienen los escritores alemanes de no dejarse llevar muy lejos por los sentimientos nacionalistas. Los alemanes han reprochado a Goethe, en efecto, que no tenía bastante sentimiento nacional; pero Goethe se mostró más consecuente que Renán todavía; nunca, cuando Napoleón I oprimía tan estrechamente a Alemania, el poeta alemán obscureció su conocimiento de la humanidad por excesivo sentimiento nacional, mientras Renán, a causa de los triunfos alemanes, descubrió en sí el corazón del francés y a veces usó en discursos una terminología que recuerda a Víctor Hugo. Este elogió en una ocasión a París, considerándola el corazón de la humanidad, y Renán escribió: «La France est la première des nations, parce qu'elle est le concert unique résultant d'une infinité de sons divers». Pero no podía dejar el pensamiento de que la raza gala necesitaba una fecundación por la germana.

En el año 1870 recordó el biógrafo francés de Jesús al biógrafo alemán de Jesús; el francés era el gran estilista, el gran artista, y David Federico Strauss, el alemán, era el crítico perspicaz, el teólogo provisto de poderosas armas científicas, cuya obra «Vida de Jesús» fué traducida al francés nada menos que por Littré, el célebre filósofo. A su colega alemán dirigió entonces Renán su palabra para salvar la Alsacia-Lorena o por